

verdaderos y puros goces del ejercicio de las facultades intelectuales, y se habitúan á estudiar con atención.

La atención requiere tanto mayores esfuerzos cuanto más dificultades ofrece el estudio. En la niñez, especialmente, en que tenemos menos ideas, los esfuerzos para sostener la atención son más penosos, y por tanto es menester cuidar con mucho esmero de no fatigar á los niños, ayudándoles en el estudio, y sobre todo variando prudente y acertadamente el trabajo. «Por más que nos entreguemos á muchas ocupaciones, dice Quintiliano, recobra su vigor nuestro espíritu cuando lo aplicamos á un objeto nuevo. La lección continua de un mismo maestro por espacio de un día agotaría las fuerzas de la inteligencia; pero el cambio basta para renovarlas, de la misma manera que la variedad de manjares excita el apetito y quita el hastío.» Por eso es de tanto interés la buena distribución del tiempo y el trabajo en las escuelas. Un ejercicio demasiado largo cansa y fatiga la atención más tenaz é inspira aversión al estudio: cuando empieza el niño á disgustarse, en vez de serle provechosa la lección aumentan por grados las dificultades á medida que pasa el tiempo. No es extraño que en las escuelas donde se obligaba al niño á pasar tres horas con el silabario ú otro libro en la mano, y en las que por desgracia se sigue todavía semejante práctica, se ahogue la actividad intelectual del niño, tenga éste repugnancia á los libros, y termine sus estudios al cabo de años y años sin haber cultivado su inteligencia y sin haber adquirido instrucción alguna; por el contrario, cuando las lecciones son de corta duración se pasa de un ejercicio á otro antes de fatigarse, y el nuevo trabajo sirve como de descanso y recreo del anterior, porque la novedad que presenta hace fijar la atención con placer. Cuando no hubiese otro motivo, sería éste suficiente para que las clases de las escuelas elementales fuesen generales, y todos los niños participasen de la enseñanza de todas las materias del programa en el grado conveniente, estableciendo así una variedad que, lejos de perjudicar á la inteligencia, como creen algunos, sostiene constantemente la actividad del espíritu sin violencia, á lo cual debe aspirar el maestro.

Una vez habituado el niño á la atención, estudia con placer, porque ve pronto el resultado de sus esfuerzos, y de este modo fortifica y robustece insensiblemente la facultad de que tratamos.

La intuición, en cuyo principio se fundan los métodos de Pestalozzi, no es en realidad otra cosa que la aplicación de la facultad de atender, distinguir y determinar todas las circunstancias de los objetos que se presentan á nuestros sentidos. Concentrándose la atención en el examen de estos objetos, los observa bajo todas las circunstancias, los descompone, los ve en sus detalles y en el conjunto, distingue las relaciones que existen entre sus partes, y proporciona á la inteligencia percepciones exactas y completas. Así se acostumbra el niño á darse cuenta de todo lo que ve, juzga después con acierto, y adquiere conocimientos útiles.

Infiérese de todo que la atención tiene su origen en el deseo de saber, natural al hombre; se excita por la curiosidad, la sorpresa y el placer; se sostiene y cautiva por el interés y provecho que proporciona, y se fortifica y robustece por el hábito.

MEMORIA. Al mismo tiempo que la cultura de esta facultad ocupa un lugar preferente en la enseñanza de los niños, hasta con detrimento de los demás poderes de la inteligencia, el desarrollo de la memoria, según opinión bastante general, supone falta de juicio. Lo más extraño es que los mismos que la ejercitan con especial cuidado participan de este modo de pensar, incurriendo en una contradicción manifiesta. Mas esto depende del modo de ejercitar esta facultad. Siendo instintiva más bien que voluntaria en su origen, se manifiesta pronto en la infancia y se desarrolla fácilmente. Los padres se complacen en oír recitar á sus hijos relaciones cortas, cuyo estudio halaga á éstos por lo fácil y por las caricias y elogios que les vale una habilidad que nada tiene de extraordinario ni sorprendente para el que conoce las leyes del entendimiento humano. Idéntica causa produce los mismos resultados en las escuelas, y los maestros, que á poco trabajo consiguen notables progresos y logran un lucimiento aparente, pero deslumbrador, en los exámenes públicos y otros actos, abusan de la memoria de sus discípulos, obligándolos á aprender lecciones de Historia Sagrada, Urbanidad, Gramática, etc., con grave perjuicio de la inteligencia. Empiezan los niños por aprender palabras sin significado alguno para ellos, ya porque no se les explica, ya porque es superior á su desarrollo intelectual; y esta práctica, ensayada por los padres y repetida por los maestros, desenvuelve notablemente la memoria de palabras y los habitúa á no darse cuenta después de lo que aprenden. Cuanto mayor es el desarrollo que alcanza, tanto menor es el ejercicio de las demás facultades: de consiguiente, tanto más difícil es hacer uso de ellas; y así nada tiene de extraño que el que posea esta clase de memoria tenga poco desarrollada la facultad de juzgar.

Confiar á la memoria una verdad de raciocinio ó de sentimiento antes de someterla á las facultades que naturalmente deben apreciarla, es invertir el orden de las cosas, pues que los signos carecen de valor cuando no representan ideas, y sólo cuando se comprenden las ideas deben retenerse los signos que sirven para expresarlas: hacer otra cosa es habituar á los niños á que se paguen de palabras, como suele decirse. Los principios recomendados actualmente para la educación y enseñanza de la niñez, excluyen el estudio de palabras desprovistas de sentido; pero esto mismo, mal entendido, es causa de que por huir de un extremo se vaya á parar al opuesto, y se descuide completamente el ejercicio de la memoria. Se rechaza el error de cultivar exclusivamente esta facultad, y se admite el otro de que perjudica al juicio, siendo así que es tan funesto como el primero. Verdad es que un hombre de escaso juicio puede disfrutar de una memoria feliz; mas esto no prueba que la memo-

ria perjudique al juicio, sino que estas son dos facultades distintas, pues de otra manera se excluirían siempre, y la experiencia demuestra lo contrario muy repetidas veces. La mayoría de nuestros juicios no versan sobre impresiones del momento; por tanto, para juzgar con exactitud es necesario que la memoria nos conserve fielmente la imagen de las cosas, de que se infiere que la memoria es condición indispensable para la rectitud del juicio.

La memoria, por su propio carácter de conservadora y depositaria de nuestras ideas, pensamientos, juicios, raciocinios y conocimientos, y de reproductora de los mismos en las circunstancias oportunas, es de inmensa utilidad para la cultura intelectual. Los maestros pueden sacar mucho partido de esta facultad, cuando no se abusa de ella en la enseñanza y educación, á cuyo fin conviene estudiar sus cualidades y los medios de cultivarla.

La memoria presenta variedades infinitas entre diversos individuos. En unos es activa, y en pocos momentos se apodera de las ideas y pensamientos que se propone conservar; y tarda ó perezosa en otros, no consigue retener lo que se propone sino al cabo de muchos esfuerzos y trabajo. A veces aparece tenaz, y los que están dotados de esta propiedad no olvidan nunca lo que han aprendido, sea con mayores ó menores esfuerzos; mientras que cuando es ligera y fugitiva, apenas conserva los conocimientos adquiridos el tiempo empleado en comprenderlos. Aplicada á ciertos objetos es de grande energía, y sumamente débil con respecto á otros: así es, que unos se apoderan y conservan fácilmente los pensamientos de un discurso, y no pueden retener las palabras; mientras que otros, por el contrario, encuentran en la música y en la cadencia de las palabras un auxilio poderoso para retenerlas exactamente con el orden que se han pronunciado, y al cabo de algunos minutos no recuerdan los pensamientos, sino repitiendo las mismas palabras. Se observa asimismo que en algunos es muy poderosa esta facultad cuando se trata de ideas que provienen de las impresiones recibidas por la vista, y es muy fugaz para las que provienen de las impresiones del oído. Hay también memoria de nombres, de fechas, de lugares, etc. Esta variedad prodigiosa que se nota en la memoria, nos advierte la necesidad de recurrir á distintos medios para desarrollarla, según la propiedad especial que domine en la de cada individuo. A distinto género de memoria corresponde, en efecto, distinta cultura; sin embargo, conocidas las cualidades de la memoria en general, los cuidados del maestro deben dirigirse á que la de sus discípulos reúna estas cualidades, valiéndose para ello de ejercicios comunes, que en determinados casos podrán aplicarse á las circunstancias especiales de cada niño, sin descuidar á los otros. Nada más se exige ni puede exigirse al profesor de una escuela pública, obligado á distribuir el tiempo de las lecciones entre todos los alumnos, guardando la proporción conveniente.

Repútase la memoria por feliz cuando retiene pronto, con-

serva con exactitud y reproduce con facilidad las nociones y los hechos que se le han confiado. Para que los juicios que versan sobre las ideas adquiridas sean exactos, la principal condición de la memoria es la fidelidad; pero como medio de adquisición de conocimientos ha de reunir en el mayor grado posible las condiciones expresadas. Para que la memoria sea pronta, es decir, para que se apodere fácilmente de las ideas ó los hechos que debe retener, conviene que las impresiones de los objetos sean vivas ó interesantes. Las ideas de objetos sensibles interesan vivamente á los niños, y estas ideas son por tanto las que primero confían á la memoria. Si en las lecciones se cuida de producir estas impresiones, valiéndose de estampas con colores que les agraden, al explicar la Historia ú otras enseñanzas, las aprenden con facilidad y gusto, y así es como se graban en su inteligencia los conocimientos que se les transmiten. Para conservarlos con fidelidad, es también condición muy importante que sean agradables, porque lo que interesa llama fuertemente la atención, se observa bien, y rara vez se borra de la memoria. Contribuye al mismo objeto la repetición frecuente de lo que se aprende, guardándose bien de repetirlo siempre en un mismo orden, porque la memoria llegaría á ser puramente mecánica, debiendo su fuerza á la cadencia de las palabras y no á la fidelidad en conservar los pensamientos. Se encuentran con rapidez y facilidad las provisiones que guarda la memoria cuando se han depositado en ella con orden, cuando se adquiere el hábito de darse cuenta de lo que se aprende, cuando no se deposita ninguna palabra sin conocer exactamente su valor ó la idea de que es signo. Para desenvolver estas cualidades es además condición indispensable una atención fuerte y sostenida, y no confiar nada á la memoria antes de haberlo comprendido bien. Desarrollada la memoria de esta manera, se aplica con facilidad y provecho á la instrucción de los niños y no presta menos utilidad en los usos comunes de la vida.

No interesa á los maestros investigar cuál sea la acción de nuestro entendimiento al retener, conservar y reproducir las ideas, ni sería posible darles una explicación satisfactoria acerca de estos actos. Pero sí conviene mucho que tengan conocimiento de uno de los fenómenos de esta facultad, en el que está fundada principalmente, el cual servirá para comprender mejor lo explicado antes, y la distinción entre memoria de cosas y memoria de signos ó de palabras, de cuya ignorancia proviene el abuso de esta facultad en las escuelas. El fenómeno á que nos referimos es la *asociación de las ideas*.

La asociación de ideas consiste en reunir las en nuestro entendimiento de manera que la presencia de una de ellas recuerde las otras con las cuales está en relación. Resulta á veces la asociación de conocer á un tiempo ó sucesivamente varios objetos ó personas, de la semejanza ó desemejanza que existe entre las cosas ó los nombres con que se designan, ó de otras circunstancias accidentales, sin que se descubra motivo alguno fundado de relación.

Ejemplo de esto es que al recordar un discurso que hemos oído, nos ocurre la fisonomía del que lo pronunció, las circunstancias del local, las de las personas que se hallaban presentes, y lo mismo puede decirse de cualquier otro suceso que recordemos. Esta clase de asociación de ideas se llama fortuita y casual. La asociación fundada en las relaciones que existen entre las cosas se llama lógica y racional, y ésta es la más importante, porque á ella se debe el caudal de nuestra ciencia. Comparando diversos objetos entre sí, descubrimos sus semejanzas y desemejanzas, la analogía que existe entre ellos, y así las ideas adquiridas se fijan con orden y método en la memoria. se sistematizan los conocimientos, y se conservan con facilidad para cuando se necesitan, mientras que la memoria fundada en asociaciones casuales, divaga entre diversas ideas presentadas á la mente al acaso, y no puede proporcionarnos riquezas que no se le han confiado.

Hay, pues, un género de memoria fundada en asociaciones fortuitas, instintiva, que obra en cierta manera independientemente de nuestra voluntad, por la combinación accidental de impresiones puramente pasivas, cuyas impresiones nos recuerdan el tiempo, el lugar, la cantidad, la semejanza, el contraste, en fin, circunstancias accesorias que en nada conducen á nuestra instrucción. Esta es la memoria mecánica.

Hay también otro género de memoria, metódica, voluntaria, reflexiva, fundada en el análisis y clasificación lógica de las ideas, la cual conserva en depósito los conocimientos adquiridos, y los reproduce con facilidad y rapidez en tiempo oportuno. Esta es la memoria racional.

Lo mismo que la memoria puede retener las ideas por las relaciones esenciales que existen entre ellas, y por las relaciones fortuitas de simultaneidad ó sucesión, de la propia manera puede conservar las ideas y nociones de que tiene necesidad la inteligencia y los signos convencionales de estas mismas ideas, y esto da lugar á la distinción común é importante de *memoria de cosas* y *memoria de signos y palabras*. La de cosas conserva y reproduce la esencia, el espíritu de las cosas enseñadas; la de signos, la forma ó la letra de la lección. La primera es la misma memoria racional, la segunda participa mucho de la memoria mecánica. Infiérese de aquí que la primera es la que principalmente conviene cultivar, y la segunda tan sólo como medio de expresar lo que se haya aprendido; no siendo así, se puede haber aprendido mucho sin saber nada ni poseer instrucción alguna, pues que las provisiones de la memoria no se sujetan al dominio de las otras facultades intelectuales.

Mucho deben fijarse los maestros en esta distinción de la memoria para no dejarse engañar por la instrucción aparente de sus discípulos, quienes suelen repetir las lecciones sin comprenderlas, y para desarrollar estos dos géneros de memoria en la proporción conveniente. Para el desarrollo de la memoria de cosas deberá cuidarse que los niños analicen, aprecien y metoden las ideas, explicándoles las lecciones con detenimiento,

no consintiendo que las encomienden á la memoria antes de haberlas comprendido. La memoria de signos se ejercita haciendo retener series de fechas ó de hechos, trozos de prosa y verso, después de haber comprendido su significado; de suerte que estos ejercicios han de encaminarse á fijar invariablemente en la inteligencia las fórmulas exactas que expresan las ideas y pensamientos que deben conservarse.

De todo se infiere que la memoria se desarrolla haciendo interesante el estudio para que las impresiones sean vivas y se fije la atención, repitiendo con diverso orden, y dándose cuenta de lo que se aprende. La mnemotecnia ó los procedimientos especiales para desarrollar la memoria, fundados en ridículas combinaciones de ideas sin relación alguna entre sí, no producen sino una excitación ficticia momentánea de la memoria mecánica. Por lo común exigen más estudio y trabajo estas prácticas del que se requiere para aprender de memoria los mismos hechos que se trata de retener, y de todos modos no sirve más que para sobrecargar esta facultad y falsear la inteligencia. Lo importante, como se ha dicho, es comprender bien lo que se desee grabar en la memoria, repetirlo en varias combinaciones distintas y hacer aplicaciones continuas de lo que se ha aprendido.

IMAGINACIÓN. Esta facultad tiene estrechas relaciones con la memoria, en cuanto que nos representa las ideas ó pensamientos de que ya está en posesión nuestra inteligencia, si bien las representa más vivamente, es decir, de una manera tan eficaz, que nos parece tener ante nuestra vista los mismos objetos que la han producido. Pero no se limita á esto solo, sino que su carácter distintivo y esencial consiste en conseguir lo que desea. Combinando las impresiones de lo pasado, representa objetos nuevos, que no existen más que en nuestra inteligencia, revisiéndolos de formas y colores puramente ideales. Crea seres ficticios, imágenes que no han percibido los sentidos, y que resultan de las ideas adquiridas combinadas bajo las formas más variadas.

La influencia de esta facultad en la vida del hombre es muy provechosa y muy temible, según la dirección que se le imprima. La vana ambición, y la ilusión temeraria y quimérica, los sueños exaltados de felicidad infundada que conducen al hombre demasiado frecuentemente á la superstición y al fanatismo, al frenesí y la locura, son frutos amargos de una imaginación extraviada. Por el contrario, cuando no se abusa de esta facultad, cuando está bien dirigida, vivifica la inteligencia, ejercita la sensibilidad, exalta los pensamientos, estimula ó encadena la voluntad, y es origen de la industria y el foco de las esperanzas del hombre. Es el alma de la industria, de las artes y de la poesía; es útil á todos, porque el artesano como el poeta necesita dar importancia al trabajo material en que se ocupa, exagerando los resultados que produce, para continuar sus tareas con placer y perseverancia.

Estas razones, cuando no fuese bastante la consideración de

que el Supremo Criador de todas las cosas no ha dispensado al hombre ningún don inútil, aconsejan al maestro que, lejos de comprimir esta facultad, debè procurar desarrollarla en los límites oportunos. Varios medios pueden emplearse con este fin, de los cuales indicamos los más importantes, manifestando antes que además de los ejercicios generales, deben emplearse medios especiales para dirigir esta facultad cuando se encuentra aletargada ó adormecida, y lo mismo cuando tiene sobrada energía ó está demasiado excitada. La humillación, la miseria, la adversidad, la monotonía de la vida ahogan el ejercicio de todas las facultades de la inteligencia, y matan la imaginación precisamente en un estado en que el hombre tiene más necesidad de ánimo y de esperanza. En los niños que se hallan en semejante posición, es necesario desarrollar con solícito esmero la imaginación, como principio de la vida intelectual y moral. Los que por la educación anterior, por su excesiva sensibilidad ó por otra causa cualquiera se dejan arrastrar fácilmente de ilusiones puramente fantásticas, están expuestos á funestos extravíos, y para prevenirlos necesitan también cuidados especiales dirigidos á limitar el vuelo de su imaginación, valiéndose de la acción moderada de la memoria y del juicio.

Desarrollése la imaginación de los niños haciéndoles describir los objetos que han visto ó los que acaban de examinar con este fin, dirigiéndolos en la descripción por medio de preguntas oportunas hechas con orden y método. Las descripciones de objetos curiosos, de animales desconocidos para el discípulo, hechas por el maestro, estableciendo comparaciones con objetos análogos conocidos ya, las imágenes de estos mismos objetos y aun de los que el niño conoce, preguntándole después acerca de lo que se le ha explicado, son también excelentes medios para la cultura de estas facultades, además de servir para propagar nociones curiosas y útiles. Sin salir de los ejercicios ordinarios pueden obtenerse idénticos resultados con las explicaciones de Historia Sagrada, hechas de una manera pintoresca y atractiva, y con las lecciones de lectura, escogiendo trozos en prosa y principalmente en verso, que, sin ser demasiado maravillosos, contengan relaciones agradables y sorprendentes.

Al mismo tiempo que se despierta por estos medios la imaginación como facultad de reproducir las imágenes, se prepara al ejercicio de su poder de combinar é inventar, cuya propiedad se desarrolla por ejercicios particulares. Entre estos tienen aplicación especial en las escuelas elementales los problemas sencillos de varias clases y relativos á distintas materias que pueden proponerse á los niños, las letras de adorno y el dibujo lineal que no se limita á una imitación servil, sino que obliga al niño á representar figuras nuevas, combinando las que sirven de modelo. En las escuelas de instrucción primaria superior puede añadirse á estos ejercicios los de composiciones escritas y las narraciones ó descripciones orales sobre asuntos determinados de antemano por el profesor. Como facultad poé-

tica ó creadora no corresponde su cultura á la educación primaria, ni aunque correspondiese podrian indicarse ejercicios especiales para su desarrollo, pues que depende exclusivamente de la sensibilidad y de la imaginación propiamente dicha de cada uno.

Explicado el modo más conveniente de dirigir esta facultad en su desarrollo y en su acción, resta sólo decir dos palabras acerca del modo de contenerla cuando se manifiesta en los niños una exaltación peligrosa. En ningún caso debe destruirse, pero en muchos deben moderarse sus aspiraciones. La memoria y el juicio sirven poderosamente para reducirla á los límites convenientes: la memoria, cuando conserva con fidelidad las ideas adquiridas, le suministra datos exactos y corrige los errores ó las exageraciones que pudiera haber en los elementos que sirven á la imaginación para las combinaciones que concibe; el juicio, sujetándolos á la prueba de la práctica y comparándolos con las realidades de la vida, descubre lo absurdo y lo inverosímil de las descripciones puramente fantásticas y de las ilusiones desprovistas de fundamento, y habitúa gradualmente á fundar las combinaciones hechas por la imaginación en principios ó hechos verdaderos. Si se acostumbra al niño á comparar las exageraciones de su imaginación con las realidades de la vida; si se destierra de las escuelas la lectura de cuentos maravillosos y absurdos que inspiran temores ó esperanzas quiméricas; si á las lecturas animadas, que pueden exaltar la imaginación del niño desmesuradamente, se agregan reflexiones graves y explicaciones detalladas, no hay que temer nunca el desarreglo de esta facultad, y puede desarrollarse con gran provecho como vivificadora de la inteligencia y de la voluntad.

JUICIO. Hemos dicho antes que el objeto principal de la cultura de las facultades intelectuales de que se ha tratado era proporcionar al juicio los materiales que han de servir para sus operaciones, porque en resumen, la facultad de juzgar es la facultad por excelencia del entendimiento humano. Por el juicio se convierten en conocimientos nuestras percepciones; por el juicio venimos en conocimiento de la verdad; por el juicio y raciocinio, ó sea la razón, se distingue el hombre de los animales, y extiende sobre ellos y sobre toda la naturaleza su imperio y superioridad. Excusado es entrar en otras reflexiones para demostrar el esmero con que los maestros deben atender á su desarrollo y dirección.

Hasta cierto punto, el juicio se desenvuelve por sí mismo; sin advertirlo el niño, sin que lo adviertan la madre y el padre que le rodean, sin que lo hayan imaginado siquiera muchos maestros, para quienes son desconocidas las leyes de la inteligencia. En la vida doméstica recibe el niño impresiones, tiene necesidad de pensar, y piensa; en la escuela continúa el mismo trabajo, edifica sobre los cimientos sentados antes, y ensancha gradualmente sus ejercicios. En las escuelas bien organizadas la instrucción por sí sola forma, ejercita y perfecciona esta facultad. Desarrollándose por sí misma naturalmente, el maestro debe

cuidar de dirigirla desde los primeros pasos para que el niño juzgue con rectitud y acierto, á lo que se reduce su principal obligación en esta parte; añadiendo, siempre que sea posible, cuidados especiales, ejercicios directos é inmediatos con el fin de desarrollar tan preciosa facultad.

Débil y limitado en un principio el juicio de los niños, necesita constantemente el auxilio del profesor para descubrir la verdad. Dejándole obrar por sí, debe ayudarle siempre para facilitar el trabajo y hacer más agradable el término de sus tareas. Explicaciones claras, sencillas y graduadas, son los medios que han de poner en juego, pasando de los juicios en que empieza á ensayarse el niño, á los juicios que versan sobre ideas comunes. El niño juzga principalmente acerca de las cosas sensibles, y empieza á ejercitar esta facultad acerca de cosas abstractas. Esta es la marcha que debe seguir también el profesor, y para ello conviene distinguir bien dos clases de juicios: el uno versa sobre los objetos que hacen impresión en nuestros sentidos, al cual se llama juicio de hechos ó de cosas; el otro sobre nuestras propias ideas, es decir, sobre las relaciones de las cosas, el cual se denomina juicio abstracto ó de las relaciones. El primero es el más fácil á los niños, y de consiguiente por el que debe empezar su desarrollo, si bien no pueden separarse completamente estas dos clases de juicios.

La cultura del juicio lleva consigo la de todas las facultades de la inteligencia, pues que le preparan los elementos que escoge y combina, á lo que está reducido todo su trabajo. Por eso los ejercicios del juicio son realmente ejercicios de la inteligencia, por los cuales se desarrolla la atención, la memoria y la imaginación, lo mismo que el juicio.

El niño examina los objetos que le rodean, estudia sus propiedades, y encuentra placer en este trabajo humilde y limitado de su espíritu. Este es el primer ejercicio del juicio que empieza por sí mismo, y que el maestro no tiene más que ordenar y dirigir para que sean claras y distintas las ideas formadas de las cosas sensibles. Comiénzase este ejercicio llamando la atención del niño sobre los objetos que están á su vista en un espacio determinado; los nombra primero como se le antoja, y luego siguiendo el orden que se le indica. Cuando sabe decir los nombres de los objetos que tiene á la vista, se le hace nombrar los que recuerde, con tal que tenga de ellos una idea clara y determinada. Así, se le puede preguntar por todos los muebles de una casa, los utensilios empleados en un oficio ó profesión, lo que sirve para alimentarse, vestirse, entretenerse; los animales y las plantas que puede conocer, diciéndole, por ejemplo: «Nombra animales de dos pies, de cuatro pies, etc.» Las estampas é imágenes representativas de los objetos que no están á la vista pueden servir provechosamente en todos estos ejercicios.

Conocidos ya clara y distintamente varios objetos y los nombres con que se designan, se pasa á hacerle notar las cualidades y propiedades, como la forma, el color, la materia y hacerle enumerar las partes de que constan, indicando la situación de las co-

sas y los sentidos por donde venimos en conocimiento de ellas. Se le dice, por ejemplo: «¿Qué ves en las paredes de la escuela?—Ventanas, carteles, mapas, etc.—¿Qué color tienen, qué forma, qué magnitud?—¿Qué cualidades de éstas pueden descubrirse sin hacer uso de la vista?» Iguales preguntas se le dirigen acerca de los objetos que no están presentes, y de este modo, al mismo tiempo que se desenvuelve la atención y la memoria, se adquiere el hábito de no juzgar á la ligera, sino después de un examen detenido.

Estos dos ejercicios se completan y se hacen más interesantes hablando del origen, del uso y de la utilidad de los mismos objetos. Aunque conocen los niños muchas cosas que tienen que practicar en la vida, ignoran otras muchas que pueden explicárseles, haciéndoles adquirir conocimientos de que carecen hasta hombres instruidos. Por esto se nombra una serie de animales, instrumentos, etc., y se dice: «¿Cuáles de estos animales viven en el agua, en el aire, en la tierra? ¿Para qué sirve tal ó cual objeto? ¿de qué sustancia es? ¿cómo se hace?, etc.» El mismo libro que el niño tiene en la mano da lugar á diversas preguntas, que conducen á hablar de la imprenta, del papel, del modo de fabricarlo, de las sustancias de que se fabrica, de la agricultura, del cuero, del encuadernador, de los útiles que éste emplea, etc.

Como ejercicios que tienden más inmediatamente á desarrollar la facultad de juzgar, se nombran y hacen nombrar objetos que tengan cualidades iguales, otros que las tengan distintas, haciendo notar las comunes á todos y las propias y características de cada uno. Entre una paloma y un perro, por ejemplo, descubre fácilmente el niño que hay de común la vida, pero que se distinguen entre sí en los pies, las alas, el sonido de la voz, etc.

Todos estos ejercicios y otros muchos análogos pueden practicarse con los niños sin que las operaciones de su inteligencia versen más que sobre las ideas que son producto inmediato de las impresiones recibidas por los sentidos. Toda la habilidad del maestro consiste en sostener la atención y hacer agradable el estudio por los medios explicados, y cuidar con esmero de que no se dejen engañar por el testimonio de estos mismos sentidos, efecto de la poca experiencia y de no estar habituados á comprobar la exactitud de las impresiones. Para esto último es preciso enseñar al niño á comprobar y rectificar las impresiones que recibe, apelando al mismo medio de la observación.

Tomamos siempre noticias de las impresiones, tales como afectan nuestros sentidos, y en esto no puede haber error, á no ser por enfermedad de los órganos ó por falta completa de atención; mas no producen las mismas impresiones los objetos colocados en distintas situaciones y circunstancias. Un bastón sumergido en parte en el agua nos parece quebrado, cuando no lo es; un objeto visto de lejos, nos parece de un color y es de otro, de una forma y la tiene diversa de la que presenta á nuestra retina: oímos un ruido que atribuimos al viento, á la tempestad, cuando proviene de un coche que pasa por la calle ó de los tam-